

## La crisis en la Universidad como expresión del espíritu

The crisis in the University as expression of the spirit

Brenda Sztankeler<sup>1</sup>

### Educación/Artículo Científico

Recibido: Julio/2025 y

Aceptado: Noviembre/2025

### Resumen

Este trabajo reflexiona sobre la crisis actual de la Universidad en tanto expresión del espíritu humano. A partir del análisis de autores como Josef Pieper (2017), Carlos Lasa (2007; 2016), Martha Nussbaum (2010), González & Trilla Bernet (2005) y Leonetti (2022), se plantea que la Universidad ha perdido su esencia filosófica y teórica reduciéndose a una función técnica y utilitaria. Se aborda la génesis académica de la Universidad como espacio de contemplación del saber centrado en la búsqueda de la verdad y la formación integral del ser humano. Sin embargo, hoy en día, la lógica dominante está orientada al mercado. Hecho que margina la formación filosófica y humanística en favor de la funcionalidad. Frente a esta situación, el texto propone recuperar el lugar de la filosofía, las humanidades y el pensamiento crítico; en tanto condiciones esenciales para una vida democrática, ética y solidaria. La Universidad, como expresión del espíritu, debe ser el lugar donde se cultive el deseo de verdad, la reflexión sobre el ser y la formación de ciudadanos comprometidos.

**Palabras clave:** Crisis universitaria, espíritu humano, filosofía, utilitarismo, formación integral.

### Abstract

This paper reflects on the current crisis of the University as an expression of the human spirit. Drawing from authors such as Josef Pieper (2017), Carlos Lasa (2007; 2016), Martha Nussbaum (2010), González & Trilla Bernet and Leonetti (2022), it argues that the University has lost its philosophical and theoretical essence, becoming a merely technical and utilitarian institution. The academic origin of the University is examined

<sup>1</sup> Universidad Católica de Salta - [bsztankeler@ucasal.edu.ar](mailto:bsztankeler@ucasal.edu.ar)

as a space for contemplative knowledge and the pursuit of truth aimed at the integral formation of the human being. Today, however, the dominant logic is market-oriented, marginalizing philosophical and humanistic education in favor of functionality. In response, the text calls for the recovery of philosophy, the humanities, and critical thinking as essential conditions for a democratic, ethical, and compassionate life. The University, as an expression of the spirit, should be a space that fosters the desire for truth, reflection on being, and the formation of engaged citizens.

**Keywords:** University crisis, human spirit, philosophy, utilitarianism, integral education

---

## Introducción

Este trabajo tiene como propósito exponer el estado actual de la Universidad en cuanto a su identidad y su razón de ser. Para esto se realizará un recorrido por una selección de artículos y pasajes que permitan explicitar y reflexionar sobre estos aspectos.

Partiremos por abordar la génesis de la Universidad, es decir, su constitución histórica y ámbitos que la definieron junto con los fines que se propuso. A continuación, se vuelve necesario indagar cuál es, en la actualidad el espacio de conocimiento con el que se identifica y a qué escenario responde. ¿Acaso la universidad conserva aún la esencialidad con la que se constituyó? Según algunos autores tales como Pieper (2017), Lasa (2007; 2016), Nussbaum (2010) y Gonzales & Bernet (2005), no. En cambio, si aceptamos que la academia filosófica estuvo en el origen íntimo de la Universidad, cabe preguntarse ¿en qué momento perdió su estatuto teórico para transformarse en una práctica meramente instrumental? Finalmente, reflexionaremos sobre cómo es posible repensar y recuperar el lugar de las humanidades como respuesta a las necesidades sociales de una vida compartida con los otros.

## Desarrollo del trabajo

Como punto de partida tomaremos el texto de Josef Pieper (2017), donde se propone que para comprender el concepto de Universidad es necesario remitirnos a su origen como proceso histórico y cultural. En este sentido, Pieper recurre al concepto de “Academia”, acuñado por Platón en el siglo IV a.C., donde el filósofo impartía su enseñanza en el jardín de Academo. Este espacio originario se vincula con la tradición occidental que, hasta el día de hoy, da fundamento a los primeros estudios de vida intelectual para entender la educación en cuanto a sus inicios. Tal continuidad se mantuvo a lo largo del

tiempo, especialmente en la Edad Media, a través de los discípulos y herederos del pensamiento clásico. Pieper (2017) señala que “en todas las lenguas de la comunidad occidental la palabra académico significa una norma y exigencia cuyo sentido, parece, jamás se ha borrado del todo sin que haya sido destruida la sustancia espiritual de occidente” (p. 177).

Esta Academia designa, en su sentido originario, el lugar de formación donde se reúnen los académicos. Es considerada la primera escuela filosófica que, en su primera determinación, lo académico equivale a lo filosófico:

De este modo, se establece una relación intrínseca entre la actividad académica y la reflexión filosófica. Surge entonces la pregunta: ¿de qué se ocupa el filósofo? ¿Qué lo distingue como académico? A lo cual nos responde el autor que se refiere a ser teórico, es decir, “ser movido por la verdad”. Para esto, es necesario “contemplar una cosa o ver una realidad filosóficamente debe significar apartarse expresamente de todo lo que se llama vida práctica o vida real. (Pieper, 2017, p. 180)

En consecuencia, lo filosófico se aparta de lo práctico situándose en un plano abstracto vinculado a lo universal donde se deja atrás el ámbito sensible para elevarse a lo propio del espíritu.

Sin embargo, esta concepción de lo académico como ámbito esencialmente teórico se ve desplazada en la modernidad.

En este contexto, la formación académica deja de estar orientada por la contemplación filosófica para volverse predominantemente práctica. Esta transformación implica una ruptura con la esencia misma de lo académico, entendido como espacio donde lo filosófico tenía un lugar central. En la actualidad, las universidades tienden a concebirse principalmente como instituciones formadoras de profesionales, pero estos profesionales reciben una preparación centrada en aspectos técnicos o específicos de la realidad, sin alcanzar una comprensión integral o totalizante de la misma. Pieper advierte sobre esta pérdida de profundidad formativa al afirmar que “la formación debería ser académica; lo académico debe determinar el carácter de la formación profesional en cuanto tal” (Pieper, 2017, p. 184).

Continuando con el pensamiento del filósofo en cuestión, Lionetti Ignacio (2022), cita:

En este sentido, resulta muy interesante detenernos en la distinción que realiza nuestro autor entre lo académico y lo profesional. Mientras que éste último elemento define la *expertise* del graduado en la ciencia aplicada, el primero responde a las bases metafísicas del ser cuyo objeto su ciencia estudia. Por ello se impone la exigencia de que “(...) las Universidades sean algo más que institutos de enseñanza profesional (...)”<sup>2</sup> y esto será posible

<sup>2</sup> El texto aludido corresponde a Pieper, *El ocio y la vida intelectual* (1997, p. 183).

si se entiende a la formación profesional atravesada y constituida esencialmente como formación académica, es decir, como formación filosófica y teórica. (Leonetti, 2022, p. 29)

Se evidencia que lo académico no está en oposición con lo práctico. Mientras lo académico permite contemplar la realidad en su totalidad desde su dimensión metafísica, lo profesional-práctico la recorta, de modo que el ejercicio profesional requiere necesariamente estar sustentado en bases filosóficas. De hecho, Pieper (2017) sostiene que “cualquier política puede hablar o disponer eso sin contradecir la esencia de tales ciencias particulares. Pero jamás podrá decir que necesitamos filósofos que desarrollen, fundamenten y defiendan está determinada ideología... sin que simultáneamente sea aniquilada la filosofía misma” (p. 186).

Para esto, es necesario entender que la filosofía es libre en cuanto a la búsqueda de una verdad objetiva, la forma de considerar al mundo y relacionarse en él. Si la filosofía es propiamente la justificación acabada de acciones o se predispone al servicio del poder, estamos bajo una ideología. Sin embargo, la filosofía en tanto búsqueda de verdad está y debe encontrarse en cada espacio de formación para la vida, para el alma. Por esto, Pieper (2017) defiende la presencia irrenunciable de la filosofía en todos los espacios de formación como una búsqueda de verdad que contribuye a la vida del espíritu. Explicita que:

La forma fundamental del saber es la teoría, que se orienta hacia el ser mismo y se dirige a la verdad y solo a ella, a hacer patente el ser de las cosas; por lo tanto, el espíritu del hombre recibe su medida de la realidad. (p. 201)

No obstante, resulta fundamental considerar la distinción que establece este autor entre el sofista y el académico. Mientras el primero se caracteriza por acumular conocimientos técnicos o científicos dentro de una disciplina particular, el segundo se orienta hacia la comprensión profunda del objeto en sí mismo. Pieper lo expresa con claridad: “a realidad descubre un aspecto más profundo e interesante a quien la contempla desde una actitud teórica y filosófica que a quien está agobiado por la tarea de cada día” (Pieper, 2017, p. 211). Es decir que el académico busca la verdad a partir de la contemplación de la realidad en sí, no se acota a una perspectiva particular de la misma.

Para él, lo esencial radica en que la Universidad, en su condición histórica y cultural de origen, se remite a la tradición occidental. La Academia constituye la primera escuela filosófica, donde lo académico equivale a lo filosófico, es decir, tiene bases filosóficas. Ser filósofo implica asumir la dimensión teórica, es decir, contemplar la realidad en su totalidad, vinculándose a lo universal para elevarse a lo propio del espíritu. Sin embargo, en la modernidad, lo teórico cede espacio a lo práctico. La Universidad se

orienta principalmente a la formación de profesionales. Quienes reciben una preparación centrada en aspectos técnicos o específicos, sin alcanzar una comprensión integral o totalizadora de la realidad.

Otro autor que consideramos importante en la perspectiva de la crisis de la Universidad es Lasa Carlos (2007). En dicho texto se plantea que la Universidad actual tiende a privilegiar disciplinas y áreas temáticas orientadas por una lógica instrumental y utilitaria, con miras al beneficio individual y en respuesta a las exigencias de economías globalizadas. Esta orientación conlleva, como consecuencia, una progresiva pérdida del pensamiento crítico que constituye precisamente el núcleo del quehacer académico y filosófico.

¿Cómo pensar hoy en día la Universidad? ¿Es todavía un espacio puramente académico, en sentido filosófico y teórico, o ha devenido en una mera expresión de la practicidad sofista? ¿Acaso el principio de utilidad ha terminado por teñir su identidad? ¿Cómo es posible pensar y situarnos desde la Universidad? Tal como vimos, entendida como el espacio genuinamente académico y dedicado a la contemplación del ser ¿dónde radica su origen?, según Lasa (2007):

El origen de la Universidad se encuentra, más allá de las situaciones contingentes, históricas, en el mismo hombre. La universidad no es sino expresión de las exigencias que brotan del mismísimo espíritu del hombre. Y la exigencia de saber es una con el hombre. (p. 67)

De este modo, comprendemos que la Universidad trasciende lo meramente físico, constituyéndose en una manifestación esencial del espíritu humano. Porque el hombre desea conocer y el conocimiento permite el pensamiento, que es el acto de asunción de cualquier entidad y permite la lectura de todo ente. Se piensa un objeto que puede ser comunicado por el logos, este logos permite la unidad frente a la multiplicidad. Como señala Lasa (2007):

Ese logos es el elemento de universalidad que es inherente al discurso y la forma del mismo: gracias a su presencia resulta posible hablar acerca de algo. El logos o palabra es, pues, el principio que estructura el discurso sobre la realidad. (p. 69)

Hay dos características que presenta el pensamiento, una de ellas es el carácter crítico y otro el teleológico, donde ambas características constituyen propiamente la esencia de la filosofía y sitúan a la ciencia del espíritu en tanto que va más allá de lo práctico.

El hombre, al plantearse el problema, confía en sus poderes cognoscitivos para resolverlos. Aunque la verdad alcanzada sea parcial, humilde en la conciencia de sus límites, sin embargo, es verdad, a fin de cuentas. En esta búsqueda, el pensar es crítico puesto que sus actos han sido la atención, la reflexión, el examen cuidadoso, el acto de juzgar, la medida de la certeza de lo afirmado (...) el hombre, en tanto ente finito que piensa, sabe que es

tal gracias a la diferencia entre la pregunta que se formula en cuanto pensante y la no posesión de la respuesta, entonces esta dinámica pone al hombre en la relación con la condición, lejísimo, aunque concebible, de un ente inteligente que no tiene la necesidad de ponerse interrogantes porque posee en sí todas las respuestas debido a su naturaleza perfecta. (Lasa, 2007, p. 71)

La Universidad es, en esencia, una expresión del espíritu y el pensar humano es, por naturaleza, universitario. En la dialéctica de la inteligencia se da el movimiento entre la abstracción de la unidad y la vuelta a la multiplicidad; permitiendo que el hombre vaya enriqueciéndose en este movimiento que es propio de su condición finita y pensante. Y, en ese pensamiento, cabe la posibilidad de caer en el error, dada la multiplicidad. Por eso es necesario el desarrollo de la criticidad. Como señala Lasa (2007): “La universidad, (...) busca integrar todos los conocimientos desde una unidad que otorga sentido a los mismos; unidad, esta, que es dinámica, ya que el pensamiento permanentemente se va reconfigurando a medida que va adquiriendo nuevos conocimientos” (p. 73).

La realidad, frente a la diversidad, permite que se vaya estudiando a partir de diferentes disciplinas y perspectivas. Sin embargo, hay que saber pensar la realidad desde la particularidad hasta su universalidad, es decir, en su totalidad. Ir desde lo uno a lo múltiple y de forma inversa, no quedarse en la particularidad de un saber. Ya que ahí, es donde se genera el movimiento en el pensamiento. Como afirma Lasa (2007):

El saber humano, así, conforma un organismo que se expresa en la organización universitaria. De allí que sean dos las notas distintivas de la Universidad: el carácter enciclopédico y el carácter de unidad. En una auténtica Universidad se cultiva la diversidad de los saberes reunidos a partir de una unidad que los configura y les otorga sentido. Y cómo de dicha unidad se ocupa la filosófica, es impensable una universidad sin el cultivo de la filosofía (p. 74)

Sin embargo, el problema actual radica en que el dinamismo del pensamiento se ha visto limitado, incluso quebrantado, por el pragmatismo y el escepticismo que ha generado el pluralismo contemporáneo, donde el acceso a una verdad única resulta considerado imposible. En consecuencia, se enfatiza únicamente la utilidad práctica de las cosas. Esta orientación conlleva que los saberes se reduzcan a responder exclusivamente a las demandas técnicas y prácticas vinculadas a las necesidades económicas de producción y consumo. De esta manera, el interés queda subordinado al poder y la Universidad pierde su fin esencial, dejando de ser autónoma para alinearse con los intereses de quienes detentan el mando.

Esta situación conlleva a que no se promueva una formación integral de la persona, entendida como cultivo interior, ya que la Universidad se somete únicamente a una lógica de mercado. Como comenta Lasa (2007):

Lamentablemente hoy, se pretende configurar a la Universidad a partir de un saber tecnocientífico, exclusivo y excluyente; con ello la Universidad deja de ser dadora de cultura, de paideia, de formación integral del hombre, para convertirse, solamente, en suministradora de títulos, métodos y técnicas que habilitan a los jóvenes para manipular y dominar un determinado campo de lo real (...) ya no le interesa saber sino dominar (p. 89)

Pero ¿desde cuándo el servicio de la Universidad se orientó predominantemente hacia lo técnico, relegando el ámbito especulativo? Para responder a esta cuestión, es necesario analizar el momento en que la filosofía perdió su estatus epistemológico. Para esto, consideraremos los aportes de Carlos Lasa (2016).

Este texto tiene como finalidad explicitar cómo el pensamiento occidental se predispuso a exiliar a la filosofía de la cultura. Generando así un escenario donde el mundo no se interesa por la búsqueda de la verdad, sino del poder. Como argumenta Lasa (2016):

Parménides califica a la filosofía como una búsqueda vinculada, intrínsecamente, a lo erótico. (...) Sin eros, sin deseo, no hay una búsqueda. La búsqueda está provocada por el deseo ferviente del espíritu humano de entrar en la verdad. De allí que la primera condición para filosofar sea el de desear, de modo ferviente, alcanzar la verdad. (p. 2)

Como se expuso anteriormente, la búsqueda la realiza propiamente la inteligencia a partir del pensamiento. Es decir, pensar un objeto e interrogarse sobre el mismo y realizar el movimiento dialéctico entre el objeto y lo que estoy aprehendiendo de él. La pregunta por la realidad nos remite a que hay un constitutivo propio denominado ser identificado con la unidad y no con la diversidad.

La metafísica, referida como la pregunta por el ser, postula que existe una relación con los entes del mundo de forma análoga debido a sus diversas formas de presentarse en la multiplicidad, pero sin dejar de ser. Esta relación implica una metafísica creacionista, la cual afirma la absoluta trascendencia de Dios. Sin embargo, si negamos la trascendencia, nos ponemos frente a una postura propiamente inmanente, negando la existencia de un Ser que siempre es, en consecuencia:

La filosofía pierde su objeto propio (el ser) y se convierte, en un primer momento, en epistemología, es decir, en la justificación teórica del único conocimiento válido, el científico; en un segundo momento, y luego del suicidio de la revolución marxista, la filosofía deriva en sociologismo. (Lasa, 2016, p. 3)

Entonces, se refiere a que el “suicidio” de la filosofía, en sentido clásico, entendida como metafísica trascendente, se dio debido a una reducción en cuanto que pensadores,

tales como Kant, consideraron que el único conocimiento verdadero es el físico-matemático y la imposibilidad de la metafísica como ciencia. Dado que sus objetos de estudio, como mundo, alma y Dios son incognoscibles por el hombre. Como indica Lasa (2016):

La filosofía mostrará, de ahora en más, como la mente humana construye los objetos del conocimiento científico (...) la epistemología reemplazará a la filosofía en tanto doctrina sobre el ser. La epistemología, de ahora en adelante, será la encargada no solo de explicar cómo se produce un conocimiento de alcance universal y necesario, sino justificar su validez. (p. 4)

Por lo tanto, al reducirse a mera epistemología, la filosofía pasa a centrarse en la construcción y manipulación de objetos de conocimiento.

Ahora bien, continuando con la idea expuesta de Lasa donde retoma el marxismo, el cambio revolucionario se produce a través de la revolución misma, entendida como la transformación histórica que modifica la condición humana. Desde esta perspectiva, “solo en el resultado histórico de la acción política puede llegar a medirse la verdad de las ideas” (Lasa, 2016, p. 7). En este filósofo se evidencia claramente un posicionamiento inmanente, donde la praxis política revolucionaria es el medio para alcanzar una mejor situación terrenal para el hombre. Tal como podemos apreciar en el siguiente fragmento:

El sociologismo deslegitima y destruye todo fenómeno histórico o toda propuesta ideal o cultural, relativizando su significado y su importancia, para dar paso al más radical relativismo. La filosofía, a instancias del sociologismo, se convierte en ideología. Esta última no es ya búsqueda de la verdad sino mera expresión de la voluntad de poder, tanto de individuos como de grupos. (Lasa, 2016, p. 8)

En este contexto, la filosofía pierde su énfasis sobre el ser y el hombre, al hundirse en su inmanencia, se ve despojado de aquello por conocer, esperar u obrar. Se abre paso a una libertad absoluta en su praxis, que se disuelve en la vida misma debido a un fin distorsionado por la multiplicidad de la realidad presente. Asimismo, siguiendo a Lasa (2016) podemos mencionar que Dilthey, Heidegger y Gadamer reducen la comprensión del ser humano a su devenir histórico y a los hechos de la conciencia, haciendo imposible alcanzar la verdad mediante la razón humana.

Frente a la inmanencia resultado del suicidio de la filosofía y el lugar a la diversidad de disciplinas a predisposición de la demanda de las lógicas del mercado que se dan en la Universidad, se genera, al mismo tiempo, distintos paradigmas, teorías, corrientes o tendencias educativas que intentan explicar el fenómeno educativo desde esta perspectiva. Es decir, la de la praxis y la multiplicidad. Así, existen numerosas pedagogías que reflejan esta necesidad de adaptación y pragmatismo en el ámbito educativo.



Lasa (2007; 2016) y Pieper (2017) coinciden en que el origen de la Universidad es académico, pero Lasa lo concibe, además, como una exigencia del espíritu humano. El hombre, al conocer, abstrae, piensa y comunica mediante el logos y, en ello, se expresa la ciencia del espíritu; la capacidad de ir más allá de lo práctico. La Universidad, en cuanto manifestación del espíritu humano, busca la unidad e integridad de los saberes, caracterizándose por su carácter enciclopedista y su relación de unidad-totalidad. Por eso, resulta inconcebible sin filosofía, ya que es esta la que otorga sentido a la diversidad de los conocimientos.

Sin embargo, hoy, el dinamismo del pensamiento se ve debilitado por el pragmatismo y el escepticismo derivados del pluralismo, donde la verdad única se juzga imposible. Así, el saber universitario se reduce a lo técnico-científico, respondiendo a las demandas económicas de producción y consumo. En este proceso se produce el “suicidio” de la filosofía clásica: la metafísica es desechada como ciencia y la filosofía se limita a la epistemología, centrada en la manipulación de objetos de conocimiento. De este modo, pierde su orientación hacia el ser, mientras el hombre, hundido en su inmanencia, queda despojado de horizontes de verdad, de esperanza y de acción.

Una clasificación muy interesante se presenta en el artículo de González Ayuste & Trilla Bernet (2005). En dicho trabajo se propone una distinción y agrupamiento de pedagogías en cuatro categorías:

- Las transformadoras/discursivas con análisis crítico sobre las relaciones de poder y las desigualdades sociales promoviendo el cambio en la educación. Orientada a la transformación de estructuras sociales, políticas y culturales.
- Las transformadoras/prácticas, para quienes la educación es un instrumento de cambio social y construye una interacción directa con la práctica educativa.
- Las conservadoras/discursivas, donde no se cuestionan las estructuras sociales vigentes. La educación es más bien un medio de adaptación o reproducción del orden social existente.
- Las pedagogías conservadoras/prácticas son orientadas a la reproducción del orden social, donde se busca eficacia, control y adaptación del sistema social, cultural y productivo del momento.

Cabe destacar que ninguna de estas categorías propuestas en el siglo XXI va más allá de la mera practicidad, ninguna postula una búsqueda de la verdad o de la trascendencia en el ámbito humano. Además, ninguna muestra una propuesta verdaderamente innovadora, sino que se limitan a reproducir planteamientos ya existentes, sin responder a las exigencias actuales.

Frente a esta situación, se presentan dos objeciones relevantes. La primera señala:

El grado de generalidad e inconcreción con que suelen formular sus propuestas. Lo más corriente es quedarse en lo especulativo, en formulaciones genéricas y, a veces, hay que reconocerlo, brillantes, retóricamente brillantes, pero sin indicaciones claras o ejempli-

ficaciones sobre cómo llevarlas a la acción y, mucho menos aún, con el aporte de metodologías, técnicas y buenas prácticas coherentes con el nivel especulativo. (Gonzalez & Trilla Bernet, 2005, p. 240)

Es decir, la manera actual de pensar el fenómeno educativo carece de correspondencia con el contexto real y no ofrece claridad sobre cómo implementar dichos postulados. La segunda objeción afirma que “aquellos enunciados generales que se presentan con una apariencia de gran actualidad en realidad son muy poco originales: todos ellos han sido pedagógicamente elaborados por las mejores pedagogías de la modernidad” (Gonzalez & Trilla Bernet, 2005, p. 241).

En este escenario de crisis filosófica y académica, respecto a lo que se entiende por educación, es posible plantear una solución. No permanecer en el escepticismo que considera imposible replantear la búsqueda de la verdad en un espacio universitario libre, comprometido con su finalidad al servicio de la sociedad.

Una de las propuestas destacadas es la de Martha Nussbaum (2010) al reconocer claramente la crisis educativa mencionada antes, especialmente en lo que respecta a la eliminación de materias vinculadas con las artes y las humanidades, consideradas inútiles para la lógica del mercado. Según Nussbaum (2010):

Estas capacidades se vinculan con las artes y con las humanidades. Nos referimos a la capacidad de desarrollar un pensamiento crítico; la capacidad de trascender las lealtades nacionales y de afrontar los problemas internacionales como ‘ciudadanos del mundo’; y, por último, la capacidad de imaginar con compasión las dificultades del prójimo. (p. 26)

Estas habilidades resultan fundamentales para la convivencia con el otro, es decir, para vivir en democracia. Es imprescindible educar para la vida misma y no solamente en la escuela. En este sentido, como señalan González & Trilla Bernet (2005):

La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos. (p. 34)

## Conclusión

A partir de este panorama extraído de la selección de artículos, podemos concluir que la Universidad atraviesa una crisis de fondo, su esencia como expresión del espíritu humano, fundada en la búsqueda de unidad e integridad de los saberes, se ha ido diluyendo y subordinado progresivamente a las lógicas del mercado. El dinamismo del pensamiento, que debía articular la tensión entre unidad y multiplicidad, ha quedado reducido a una mera multiplicidad dispersa, dominada por un pragmatismo utilitario y un escepticismo que niega la posibilidad de una verdad universal. De este modo, la Universidad pierde su misión originaria y se convierte en un espacio centrado en lo técnico-científico, ajeno a la filosofía, a la metafísica, a las artes y a las humanidades; que constituyen el núcleo vital de su sentido. Ante ello, resulta urgente recuperar la dimensión espiritual que le dio origen, pues sólo en ella el ser humano puede reencontrarse con la totalidad de su ser, abrirse a la pregunta por la verdad y sostener un horizonte auténtico de convivencia y encuentro con los otros.

## Referencias bibliográficas

- González, A. A., & Trilla Bernet, J. (2005). Pedagogía de la modernidad y discursos post-modernos sobre la educación. *Revista de Educación*. Núm. 336, Artículo Núm. 13.
- Lasa, C. D. (2007). *Pensar la Universidad*. IAPCH.
- Lasa, C. D. (2016). El conocimiento filosófico y una historia de amenazas. *Cuadernos Universitarios (IX)*, pp. 21-35. Publicaciones Académicas de la Universidad Católica de Salta.
- Leonetti, I. S. (2022). Valor del espíritu académico para la Educación en Josef Pieper: *Alivio para el agobio del alma funcionaria de nuestro tiempo*. *Conocimiento y Acción*, 2(1), 22-35. <https://revistas.up.edu.mx/cya/article/view/2466>
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz.
- Pieper, J. (2017). *El ocio y la vida intelectual*. RIALP.